

Viaje a los Estados Unidos de América y al Oriente ¹

• por D. Adolfo Bonilla y San Martín

P R Ó L O G O

Entre los papeles de mi entrañable amigo Adolfo Bonilla y San Martín encontráronse las cuartillas taquigráficas correspondientes a las cuatro conferencias que en las sesiones celebradas por esta Academia en los días 13 y 27 de enero, y 3 y 17 de febrero de 1925, dedicó a hacer la relación de su viaje a los Estados Unidos de América y al Oriente. Estas cuartillas, que estaban aún sin corregir, contenían el único relato completo, aunque muy sumario, que nos dejó acerca de su estancia en aquellos países extranjeros; porque si bien es cierto que en *El Debate* se publicó la conversación que con motivo de tal viaje tuvo con uno de sus redactores, y que en la revista *Hispania* apareció el prólogo de una serie de artículos que llevaba por título *Un español fuera de España (Notas de un viaje alrededor del mundo)*, ni la primera excede de los reducidos límites de un trabajo periodístico, ni el segundo fué más que una promesa halagadora que la muerte se encargó de que quedase incumplida. Esto hace que el texto que a continuación se inserta tenga interés excepcional, y, por eso, en darlo a la estampa no ha vacilado la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la que tan querido y admirado fué Adolfo Bonilla, y en donde su pérdida prematura

(1) Las conferencias dadas en la Academia por el Sr. Bonilla acerca de este asunto, se publicaron en el mes de junio de 1926 en un folleto: VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y AL ORIENTE, por Adolfo Bonilla y San Martín, con un prólogo de Julio Puyol, Académico de número. Madrid (Ratón), 1926; 86 pág.^s en 8.º El texto de este folleto es el que ahora se reimprime.

causó profundo duelo, elocuente y sentidamente expresado en la sesión de 19 de enero último por nuestro ilustre Presidente Sr. Sánchez de Toca.

Mas como el Sr. Bonilla, con modestia extraordinaria, nos habló solamente de *lo que vio*, pero no de *lo que hizo*, convenirá suplir este vacío, con el fin de evitar en lo posible que el tiempo y el olvido borren la memoria de la labor que realizó en América, donde su verbo castizo, al servicio de su soberana inteligencia, supo colocar el nombre de España a la altura del prestigio histórico de nuestra raza, poniendo cuanto estuvo de su parte, como lo puso siempre, para dar un mentís solemne a esa leyenda tradicional, nacida más allá de las fronteras, engendrada antaño por las ojerizas y antagonismos políticos y sostenida desde entonces por la mala fe en complicidad con la ignorancia.

Fué invitado el Sr. Bonilla por la Universidad de California para explicar dos cursos breves, y, aprovechando esta oportunidad de su viaje, invitáronle, asimismo, las Universidades de Yale y de Illinois a que diese en ellas conferencias literarias. Llegó, pues, a Nueva York a mediados de abril de 1924 y, desde allí, se dirigió inmediatamente a la Universidad de Yale (nombre que recibe del de su fundador), establecida en la ciudad de Nueva Haven, Estado de Connecticut, en donde dio una lección acerca de *Literatura contemporánea*, tratando en ella de los escritores del siglo xix, especialmente de los propulsores del romanticismo, y de los que en la actualidad cultivan en España la Lírica, la Novela, el Teatro y la Crítica. Otras dos o tres fueron las que explicó en la Universidad de Illinois (ciudad de Urbana) concernientes al teatro español del *siglo de oro* y a Filosofía.

El día 5 de mayo estaba ya en Berkeley (California), cuya Universidad le había encomendado dos cursos simultáneos: uno sobre *Historia del Teatro español*, y otro sobre *Métodos de investigación literaria*, cada uno de los cuales habría de durar doce semanas, divididas en dos períodos, a saber: el de *Intersession*, o curso que comienza a principios de mayo

a la terminación del ordinario (cuatro horas semanales), y el de *Summer Session*, o curso de verano, que comienza a mediados de junio (tres horas semanales). En el primero, al que asistieron unos veinticinco alumnos, hizo la historia del Teatro español desde sus orígenes, asunto del que trató con relativa extensión por ser el menos conocido en América, dedicando gran parte de sus lecciones a la interpretación de los textos que pueden presentar mayores dificultades a los extranjeros, cuales son las églogas de Juan del Enzina, los pasos de Lope de Rueda y los autos y farsas de Lucas Fernández. El curso de *Métodos de investigación*, incluido en la categoría de estudios superiores, fué solamente para graduados y estudiantes de los últimos años de carrera, razón por la cual no tuvo en él sino ocho o diez discípulos. Después de analizar el valor de las diversas fuentes literarias, así generales como particulares, y los procedimientos más adecuados en cada caso para servirse de ellas, completó su labor teórica con un trabajo de carácter práctico, realizado juntamente con los alumnos, y que consistió en hacer una edición crítica de la *Égloga a Claudio*, de Lope de Vega, texto magistralmente elegido para tal fin, porque siendo una composición en la que el autor enumeró muchas de sus obras principales, recordó las ocasiones con que fueron escritas, aludió a interesantísimos episodios de su vida accidentada, y aun describió el proceso de su evolución moral y mental, no hay que decir que ofrece ancho campo al comentario, ni que el profesor sabría aprovecharlo bien, tanto para estudiar el estado de las Letras hispanas en el primer tercio del siglo xvii, como para dejar a la luz del día las reconditeces de ciertos pasajes de aquella égloga, no exentos, en verdad, de conceptismo. El Sr. Bonilla tenía el propósito de publicar esta edición, a cuyo manuscrito no le faltaban más que algunos retoques que no le consintió hacer la cruel enfermedad que lo llevó al sepulcro.

Su trabajo en el tiempo que permaneció en California no se redujo a las tareas de la cátedra, pues, además de algunas conferencias que dio en varias ciudades de aquel Estado,

como la de Oakland, invitado por una Asociación de jóvenes que se interesan en asuntos españoles, y la de Stanford, invitado por la *Asociación General de Prof esores de Español*, preparó con nuestro ilustre correspondiente D.Rodolfo Schevill, de quien tan grata memoria se guarda en esta Casa, la edición del *Quijote* que ha de incluirse en los tomos XV al XVIII de las *Obras completas de Cervantes*, comenzadas a publicar por ambos profesores en 1914, gracias al generoso desprendimiento de la señora Phoebe Apperson Hearst; los que conozcan la conciencia con que han procedido en esta empresa literaria, merecedora de ferviente elogio, la escrupulosidad observada en la compulsa de los textos, la aguda crítica de las notas, todas de primera mano y limpias del inaguantable pedantismo que es achaque harto frecuente de glosadores, convendrán en que la carga que pesó sobre el Sr. Bonilla durante su estancia en América hubiera sido imposible de soportar para el que no poseyera su cultura y sus condiciones extraordinarias: diríase que, presintiendo que era aquél el último trabajo intenso de su vida, quiso darle todas las energías del espíritu.

Terminados los cursos de la Universidad, en cuyo profesorado dejaron su saber y excepcionales dotes pedagógicas recuerdo inextinguible, embarcó en San Francisco el día 2 de agosto con rumbo a los países de Oriente, excursión respecto de la cual nada he de añadir a lo que él nos dijo en esta Academia y que el lector verá en las páginas que siguen, como no sea que, sin duda, por abreviar el relato, omitió el de sus visitas a Rangoon (Siam) y a Manila, ciudad en donde fué agasajado por las autoridades y singularmente por la colonia española, que le pidió con muchas instancias se detuviese allí por más tiempo que el brevísimo de la escala, a lo que no le fué posible acceder, tanto por el mal estado de su salud, como porque hubiera sido perturbar completamente el plan de su viaje. Por estas razones, se vio privado de aceptar el ofrecimiento de la Asamblea Nacional, que había acordado poner a su disposición un local en la Cámara para que en él

diese conferencias, y tuvo que limitarse a la que explicó en la Universidad de Filipinas; pero estas halagüeñas distinciones no las gozó sin mezcla de amargura, al observar que aunque en aquella tierra, que fué nuestra, todavía se conserva el castellano como idioma oficial de los estudios superiores universitarios, es el inglés el que predomina en la enseñanza primaria y el que poco a poco se va infiltrando en los hogares.

La impresión que trajo del viaje, no fué la que a primera vista pudiera presumirse, pues sin dejar de admirar las grandezas y las maravillosas invenciones de algunos de los países que había recorrido, no se dejó tampoco deslumhrar por ellas. Era Adolfo Bonilla hombre de mentalidad verdaderamente aristocrática y flexible, que lo mismo se complacía con el ingenio que late en las páginas de la *Vida del Buscón*, como con la fina y sutilísima ironía de Erasmo en el monólogo imperecedero del *Encomium Morios*,; de sensibilidad tan exquisita, que yo he visto brotar las lágrimas en sus ojos cuando escuchaba las notas con que Wagner expresó el dolor implacable de Amfortas o los patéticos lamentos de Iseo en su agonía; su profesión de filósofo, en el sentido directo de la palabra, le llevaba al culto de la verdad, y, por lo mismo, a no detenerse en la superficie de las cosas más que el tiempo preciso para hallar el resquicio por donde entrar en ellas; amaba, sobre todo lo amable, las creaciones del espíritu, y no hubiera cambiado nunca la capacidad de apreciarlas y el deleite de sentirlas por los más ricos tesoros de la tierra; tuvo el valor de seguir pensando y diciendo en los días que alcanzamos que no sólo de pan vive el hombre, y creía como en un artículo de fe que

Esta nuestra porción alta y divina,
a mayores acciones es llamada
y en más nobles objetos se termina.

Por eso, juzgó, acaso, que la prosperidad material de algunos

pueblos no haya podido ser alcanzada sino a costa del sacrificio de otros intereses que él puso siempre por encima de los intereses económicos, y temió que en esas naciones, y en las que pretendan imitar su ejemplo, llegue el Estado a convertirse en la encarnación de un Midas gigantesco, y el que ayer fué ciudadano libre, a transformarse en asno de Apuleyo condenado a sufrirlos golpes con paciencia y a aguantar resignado las fatigas hasta que suene la hora en que el sacerdote de la Luna se apiade de sus miserias y le entregue la corona de rosas por cuya virtud ha de recobrar su condición humana.

Bonilla, que era *humano*, ante todo, anhelaba regresar a España. Cuando desembarcó en tierra de Europa, pudo parecerle pequeño cuanto veía a su alrededor, como nos dijo en la última de sus conferencias, pero, en cambio, le pareció también que todo le hablaba más amorosamente; sintióse entonces más patriota que nunca, y acordándose de unas palabras de *Fígaro*, y de otras de los ignorados compiladores de la *Crónica general*, reflejó de este modo las sensaciones que su alma recibía al hallarse, de vuelta, entre los suyos:

«... cuando medito en las *experiencias* (como dicen los ingleses) que hube de hacer, me convenzo una vez más de la «profunda verdad con que Larra escribió en el artículo *En »estepaís*, refiriéndose a España: «Borremos, pues, de nuestro «lenguaje la humillante expresión que no nombra a este país «sino para denigrarle; volvamos los ojos atrás, comparemos y «nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos «comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un por- «venir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los vecinos; sólo en este sentido opondremos »nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al «mal de dentro.» — De mí sé decir, ¡oh, amable lector!, que »de este mi largo viaje, como de otros más cortos que anteriormente realicé por Europa, he sacado, en conjunto, una «impresión en alto grado lisonjera para mi orgullo de espa- «ñol: la de que mi Patria es un país más libre, más culto, y,

•sobre todo, más *humano* que la mayor parte de los que he
•tenido la fortuna de recorrer, y, desde luego, tan libre, tan
•culto y tan humano como el que más; y dígame que, adquiri-
»da, por experiencia propia, tal convicción, ni el carácter de
»sus Gobiernos, ni las deficiencias notorias de su instrucción
•oficial, ni sus corridas de toros, ni ninguna otra considera-
ción, más o menos sociológica, son parte para moverme a
•crear otra cosa. Sigo pensando, pues, como pensaban en el
•siglo xiii los redactores de aquella primera *Crónica general*
>que Alfonso el Sabio mandó componer, que «España sobre
•todas es engañosa, atrevuda et mucho esforzada en lid, lige-
»ra en afán, leal al señor, afineada en estudio, palaciana en
>palabra, complida de todo bien; non ha tierra en el mundo
•que la semeje en abundanza, nin se eguale ninguna a ella en
•fortalezas, et pocas ha en el mundo tan grandes como
•ella* (1).

JULIO PÜYOL.

Madrid, 25 de mayo de 1926.

(1) *Hispania*, n.º I; Madrid, 15 enero 1925; pp. 8 y 9.

LOS ESTADOS UNIDOS

i

La travesía. —Llegada a Nueva York.—El espíritu artístico en Norte América; la mujer; los asuntos mercantiles; molestias que sufre el extranjero a su llegada. — Ingleses y yanquis. — La política en los Estados Unidos; corrupción del sufragio.

Tengo en esta ocasión gusto especial en atribuir a nuestro Presidente toda la responsabilidad de mi intervención en las sesiones de la Academia durante este curso, porque ni yo he dispuesto del tiempo suficiente para ordenar los materiales reunidos durante mi viaje, de tal suerte que mi narración pueda ofrecer alguna utilidad, más o menos transcendental para los que la escuchen o la lean, ni creo que sea especialmente tal clase de intervenciones las que corresponden a la índole habitual de los asuntos de esta Academia, ya que no voy a exponer ningún asunto de carácter doctrinal, sino a hacer un relato sucinto de mi viaje, cuyo principal mérito consiste en haber sido muy largo, pues he dado la vuelta al mundo y he recorrido algunos centenares de kilómetros más.

Para que yo pudiera realizar cumplidamente mi propósito se necesitarían ilustraciones, aparato de proyección, etc., con lo cual podría aminorarse la dificultad que hay siempre en describir cosas exóticas, que parecen sueños a los que hemos vivido constantemente en estos países europeos, tan absolutamente distintos de aquellos que he recorrido. Unido a esto el que no se trata de un trabajo escrito, sino de una improvisación desordenada, se comprenderá bien que lo que voy a

decir será tan sólo una serie de anécdotas y de observaciones sueltas, algo, en suma, de lo que recuerde que me haya sucedido durante el viaje; procuraré, en cambio, que sea entretenido, y si no acierto a conseguirlo, habré cumplido, por lo menos, con el encargo de dar cuenta de él.

Fui invitado (y perdónese me que, por tratarse de un relato, tenga que emplear con frecuencia el pronombre personal) para dar cursos y conferencias por la Universidad de Yale, en el Este de los Estados Unidos, por la del Illinois en el Centro, y por la de California en el Oeste; en esta última me comprometí a explicar dos cursos de a doce semanas cada uno; pero no han de ser tales cursos y conferencias el objeto principal de mi narración, la cual ha de consistir, más bien en contar lo que vi, que lo que hice.

* * *

Embarqué en Francia, y con ello empecé a notar cuan deficiente es nuestra situación por lo que se refiere a relaciones mercantiles internacionales, pues si no pude embarcar en España fué porque, a consecuencia de la *ley seca* de los Estados Unidos, nuestra *Compañía Transatlántica* suprimió la línea regular de vapores a Nueva York cuando se vio privada de transportar a aquel país ninguna especie de alcoholes. Por instinto, por afición y por convencimiento he procurado siempre ser muy patriota, y aunque los barcos españoles tengan defectos, como los tienen también los extranjeros, cuando he viajado por mar he querido ir en barco español. Como esto no pudo ser entonces, me vi precisado a dar a ganar mi dinero a una Compañía extranjera; y he aquí la primera sorpresa de mi viaje, que fué, en verdad, bastante grande, porque grande fué también la cantidad que tuve que pagar por el billete.

Embarqué, pues, en el Havre con rumbo a Nueva York, y ya la travesía, que fué muy feliz, me demostró una vez más que una de las condiciones fundamentales para apreciar a

España es haber salido de ella, porque nuestra afición a hablar de los defectos de nuestra patria nos lleva a formar el convencimiento de que son más que los de otros países. Recuerdo a este propósito que cuando hace nueve años fui a los Estados Unidos hallábame persuadido de que los barcos españoles tardaban extraordinariamente, a causa de haber empleado diez días y medio en ir de Cádiz a Nueva York y en vista de lo mucho que los anuncios de las Compañías francesas ponderaban las grandes velocidades de sus transatlánticos; pues bien: el barco francés en el que fui ahora del Havre a Nueva York, tardó once días y medio, circunstancia que me produjo... la primera satisfacción patriótica.

Claro es que al llegar a Nueva York ya no experimenté la misma impresión admirativa que cuando fui por vez primera; pero pude razonar mejor la que entonces recibí, confrontándola con el recuerdo y con el conocimiento adquirido. La que produce Nueva York, cuando se entra en él, es la de la grandeza, la de la magnitud material y la del ruido; la del ruido sobre todo, y especialmente en el puerto; aquellas boyas que ejecutan compases musicales populares y hasta de óperas, arman una algarabía tal, que la entrada en el puerto parece la entrada en el mismo infierno. Al fijarse después en la estatua de la Libertad, lo primero que sorprende en ella es su enorme tamaño y luego el precio que ha costado, pues es de advertir que en aquella tierra lo primero que dicen al viajero los que le muestran cualquier obra importante es el coste de ella, dato que le persigue constantemente, sea cualquiera el punto de los Estados Unidos al que se dirija. No quiero decir con esto que allí no exista en absoluto el espíritu artístico, porque he tenido ocasión de observarlo en muchos individuos y familias; pero es incuestionable que, en general, aquel pueblo carece de él, y que cuando quiere ejecutar algo con pretensiones artísticas y que llame la atención, lo consi-

que por medio del tamaño gigantesco, pero no por el empleo de los elementos con los que se realiza la verdadera obra de arte. Y esto se observa en todo: desde los monumentos y edificios, hasta en la indumentaria, porque la que se usa en los Estados Unidos no se ve en ningún otro país. Yo vi en las calles de San Francisco a un caballero vestido de frac, con sombrero de paja, que llevaba en la mano izquierda una enorme maleta, espectáculo que prueba, de una parte, la independencia de criterio y el absoluto menosprecio con que en Norte América se mira el criterio de los demás cuando se trata de algo no prohibido por la ley, y, de otra, una insigne falta de atención a lo que aquí llamamos las *conveniencias sociales*.

No es de omitir tampoco la circunstancia de que allí la mujer encamina todo su esfuerzo a convertirse exteriormente — porque interiormente ya lo está — en un verdadero varón. En las Universidades hay más estudiantes mujeres que hombres, y aquéllas adoptan hasta el traje masculino. Una vez, al salir de una conferencia, perdí el tranvía que estaba esperando, por la curiosidad que me inspiraron dos señoritas con el pelo cortado, vestidas con pantalones, cuello y corbata, empuñando sendos bastones, que más bien parecían garrotes, y dotadas de voz tan poco suave, que no me permitió resolver por el momento problema tan sencillo como el de si se trataba de varones o de hembras, hasta que después de haberlas seguido un rato, corroboré que se trataba de lo segundo.

Antes de arribar a Nueva York pude comprobar, una vez más, la importancia que el norteamericano da a todo lo que significa cuestión mercantil. Antes, digo, de llegar a Nueva York se acercó al barco en que viajaba un vapor pequeño, en el cual veDían tres señores muy amables del *Bureau* de Comercio de Washington, que preguntaron al capitán por mí y que, una vez que nos pusimos al habla, me dijeron que iban a rogarme que fuese a Washington para hablarles de lo que yo pensaba acerca del futuro tratado de comercio entre

España y los Estados Unidos. Les comuniqué las contadas noticias que yo tenía de ese tratado, las cuales reducíanse a saber, que probablemente se firmaría a primeros de año, y otras muy escasas referentes a su contenido; no obstante la deficiencia de tales informes, insistieron en que fuese a dar la conferencia, y para librarme del compromiso me vi precisado a decirles que a lo que yo iba a los Estados Unidos era a hablar de Cervantes, de Calderón, de Lope de Vega y de otros personajes que siempre habían tenido poquísimo dinero, pero que la misión que me llevaba allí no podía relacionarse con ningún asunto económico. Libre de aquellos señores, comprendí la gran actividad y la gran preocupación por los asuntos mercantiles que significaba fletar un vapor especial para esperar a una persona de la que sabían que no estaba especializada en aquellas materias, y pretender, a pesar de ello, que fuese a Washington a dar noticias del tratado comercial.

Antes de desembarcar, tuve que sufrir una serie de molestias (no pueden calificarse de otra manera), superiores a cuantas se sufren al llegar a otros países. Entre otros muchos papeles, hube de firmar uno de gran longitud, en el cual declaraba que no era enemigo del Gobierno constituido en los Estados Unidos; que no tenía ideas anarquistas ni socialistas, y que no era contrario a la familia, a la propiedad, ni a la Religión; así: con R mayúscula, cosa que me hizo decir para mis adentros, que si al entrar en España hubiera que firmar tal cúmulo de documentos y declaraciones, habría que oír lo que dijeran de los españoles.

« * *

Al día siguiente marché a la Universidad de Yale, donde comencé mi trabajo. Es aquella Universidad una de las dos o tres más antiguas de los Estados Unidos, construida y calcada en el modelo de la de Oxford, pues aunque hay diferencias considerables entre la psicología del yanqui y la del inglés,

los yanquis continúan teniendo una verdadera veneración por los ingleses y considerando a Inglaterra como su madre patria, siendo digno de notarse que, en general, hablan de Inglaterra con respeto y cariño extraordinarios, al revés de lo que hacen los ingleses cuando hablan de los Estados Unidos, fenómeno que se observa constantemente en las naciones que han sido metrópolis y en las que han sido sus colonias cuando ya ha pasado tiempo desde el momento de la emancipación. Tengo aquí un libro muy curioso y escrito con mucha gracia, titulado *Farewell to America*, que confirma lo que digo: es una serie de cinco o seis artículos publicados por un periodista inglés, redactor de *The Nation*, que estuvo en los Estados Unidos y que al volver a Inglaterra se despachó a su gusto; todos estos artículos empiezan por la frase: «¡Adiós, América!» y todos terminan diciendo: «me voy a mi casa», y en ellos ha sabido condensar la opinión vulgar inglesa respecto de los yanquis, los cuales, no obstante lo que les zahiere, han hecho una edición que se vende en Nueva York, aunque no tan públicamente que no me costase a mí cierto trabajo adquirir un ejemplar. Refiérense los artículos a cosas menudas, pero no por esto dejan de ser interesantes: da un adiós a la tierra donde el *summum* de la comodidad consiste en tener un cuarto de baño, y dice que se vuelve a Inglaterra, en donde las casas que tienen baño no tienen más que uno para cada piso; da un adiós al país de los periódicos de extensión gigantesca, de 40 a 50 páginas de a seis columnas de letra menuda, en ninguna de las cuales se halla una sola noticia interesante y con los que acontece, además, que al final de la columna 23 digan que continúa la materia en la 41, sin perjuicio de que se vaya a buscar y no exista tal continuación; habla de las costumbres, de las mujeres, de la política, y da el adiós al país donde hay una serie de políticos que, sin perder de vista sus conveniencias, luchan por banderas que tienen más carácter práctico que de principios; dice adiós a los republicanos y demócratas, a quienes no ha podido distinguir después de estudiarlos durante todo un año; adiós al país

donde los liberales son siempre mirados como peligrosos y los radicales como gente roja, etc., etc.

* *

Y ya que he mencionado la política, he de notar que en cuanto llegué, pude observar la importancia que tiene en los Estados Unidos. No se habían celebrado aún las elecciones presidenciales cuando yo salí de allí, porque no tuvieron lugar hasta después de mi regreso a Europa; pero ya había una agitación extraordinaria con motivo de la elección de compromisarios en Nueva York, y observé también el poco afecto que merecía a los intelectuales uno de los candidatos, pues casi todos los profesores con quienes hablé de él, tenían idea muy poco halagüeña de su capacidad intelectual; aseguraban que sus discursos se reducían a decir *sí o no* y que cuando recibía a una comisión que iba a tratar con él de cualquier asunto, no había medio de obtener de él más que una inclinación de cabeza por toda respuesta. La banca, el capital, estaba en favor de Coolidge, y su contrincante La Follette, que tenía el apoyo de los obreros de numerosas e importantes industrias, estaba amenazado de muerte, a pesar de lo cual se negó a ser custodiado por la policía, como le propuso el Gobierno. Es éste un hombre que debe todo su capital, no muy grande, a su propio esfuerzo, y de una rectitud de conducta celebradísima en toda América; pero sus mismos partidarios daban por supuesto que la elección la decidiría la riqueza, augurio que me produjo cierta satisfacción, porque después de tanto oír hablar de lo corrompido que está el sufragio en España, no dejó de satisfacerme saber que en la Eepública norteamericana se resuelven del mismo modo las cuestiones electorales.

También los políticos de allá, como los nuestros, atravesaban una gran crisis; un senador acababa de denunciar públicamente á dos ministros acusándolos del robo de unos cuantos millones de dólares, acusación que produjo enorme

revuelo. Parece que uno de ellos fué condenado antes de mi salida, y el otro, o fué absuelto, o, por lo menos, continuaba en su puesto.

Volvamos a atmósfera más tranquila.

La Universidad de Yale; su organización. — La Universidad de Illinois; la «ley seca». — El servicio militar y las Universidades: ley de 4 de julio de 1920. — Socialismo de Estado; impresión trágica que produce la civilización norteamericana. — Las creencias religiosas.

La Universidad de Yale está construida a semejanza de la de Oxford y ofrece todo el aspecto de una Universidad de la Edad Media, aunque por lo completo de sus instalaciones se ve que es relativamente nueva. Tiene una circunstancia, que se da también en otras Universidades, como la de Haward, pero no en la de California, y es la de que en ella pueden hospedarse los estudiantes; sus departamentos, salvo alguna excepción, consisten en dos habitaciones pequeñas, alcoba y sala, y era, por cierto, curiosísimo observar cómo se reflejaban en la instalación las ideas del estudiante que la ocupaba; así, por ejemplo, en una vi junto a la *Crítica de la razón pura* de Kant, un instrumento de música, y en otra, una estatuita de la Venus de Milo al lado de un libro de Medicina. El conjunto, altamente simpático, revela el empleo de un enorme capital, pues debe advertirse que cada una de las principales Universidades norteamericanas tiene un presupuesto como el de todo nuestro Ministerio de Instrucción pública; el de la de California importa 9.000.000 de dólares, y, a pesar de ello, ha tenido en el último año un déficit de unos 500.000, por lo cual se pidió al Gobierno el aumento de la subvención. Además de estos fondos, cuentan con las aportaciones de los estudiantes, quienes, como sucede en Inglaterra, no pueden ingresar en las Universidades sin hacer una serie de pagos, entre

ellos el que supone la estancia, cuyo importe resultaría muy considerable tratándose de estudiantes europeos, lo que quiere decir que no sólo la Universidad es rica, sino que los que concurren a ella han de tener también bastante dinero.

La organización universitaria es, en general, distinta de la europea, porque no existe allí la separación establecida en España entre las enseñanzas primaria, segunda y superior. Las escuelas de primera enseñanza tienen mucho parecido con lo que aquí llamamos Institutos, y los estudios que más atraen en las Universidades no son los de carácter superior: así, por ejemplo, al de idiomas se le reconoce gran importancia, y el núcleo principal de estudiantes en la Facultad de Letras está formado por los que aprenden las lenguas con fines prácticos, generalmente, comerciales. Es decir, que el que vea aquellas riquísimas Universidades, dotadas de magníficos laboratorios y de admirables bibliotecas que no reparan en gastos para adquirir libros, como lo prueba la colección de incunables comprados a un italiano que gastó mucho tiempo y mucho dinero en reunirlos; el que vea, digo, estos fastuosos centros de enseñanza y crea que va a encontrar en ellos un cultivo verdaderamente científico, sufrirá una gran decepción al convencerse de que, salvo unos pocos estudiantes privilegiados que sienten la afición desinteresada al estudio, los demás, varones o hembras, van a estudiar idiomas para dedicarse al comercio o a aprender a ser procuradores, o comadronas, o a adquirir los conocimientos indispensables para ejercer cualesquiera de los oficios inferiores de las carreras respectivas. La verdad: eso de ver a un profesor **de** Universidad ocupado durante uno o dos años en enseñar a sus discípulos las letras, las sílabas y los demás elementos **del** idioma, no puede por menos de parecernos raro a los que estamos habituados a considerar la Universidad como un establecimiento destinado al cultivo de la enseñanza superior.

Del Norte, pasando por Chicago, fui a Illinois, cuya Universidad es la mayor de todas las de los Estados Unidos después de la de California. Para su Facultad de Agricultura posee grandes campos de experimentación, en los que pueden ensayarse toda clase de cultivos; numerosas muestras de distintas especies de ganado y el personal necesario para que todo ello esté bien atendido. Hice allí íntima vida universitaria, y empecé a enterarme de que donde hay Universidad, ésta absorbe toda la vida, porque, en efecto, las ciudades que están a su alrededor se consideran también como Universidad y los ciudadanos que en ellas moran, aunque se hallen dedicados a los más diversos oficios, estiman dentro de la Universidad. Y tanto es así, que recuerdo que yendo yo un día por la calle y habiendo sacado un cigarrillo, se me acercó un señor y me dijo que en la Universidad no estaba permitido fumar, y como yo le contestara que estábamos en la calle y que la Universidad estaba bastante de aquel sitio, él me replicó que aquello era el *campus* de la Universidad y que rigiendo la prohibición para ésta, afectaba a todas las calles incluidas en el distrito.

Extraordinario es, asimismo, el rigor con que se cumple la ley relativa a las bebidas alcohólicas, la cual, dígame lo que se diga, no tiene allí infracciones, porque en tal caso las hubiera cometido yo o me hubiera enterado de si otro las cometía. No puede afirmarse lo propio del Oeste, más en contacto con el Pacífico, pues en algunos restaurantes, especialmente en los italianos, podía lograrse un poco de vino.

* •

El servicio militar es obligatorio, pero los yanquis han visto que era una enormidad arrancar al estudiante del centro escolar donde sigue su carrera (que allí siempre es corta: la de Derecho dura cuatro años, y poco más la de Medicina), y así, para cohonestar el aprovechamiento del tiempo con los deberes militares, hubo un senador a quien se le ocurrió pre-

sentar un proyecto que, poco después, se convirtió en la ley de 4 de julio de 1920, de la que he traído un ejemplar. por parecerme muy digna de imitación en todas partes. Supone dinero, es cierto, pero es factible. En efecto, hoy la Universidad americana es un organismo del que lo mismo puede salir un médico o un abogado, que un dentista o un oficial del Ejército, y como el concepto yanqui de la Universidad, más semejante que al actual, lo es al de la Edad Media (*universitas*), en ella, donde hay facultades como las de Agricultura, Artes, Música, etc., está incluida también la preparación para la carrera de las Armas; y así se da el caso de que el Rector tenga uniforme de coronel y presida las revistas militares. Disponen de un edificio especial para estos estudios y para guardar todo lo que se necesita, como armas, caballos, arreos, etc., y de un lugar para hacer el ejercicio. De este modo, los estudiantes, al mismo tiempo que realizan los estudios de la carrera que han elegido, van haciendo su servicio militar sin salir de la Universidad, dedicándose a él a ciertas horas, y si pasan de cierto grado y continúan sus estudios, al acabarlos salen con una categoría militar que pueden hacer efectiva cuando haya vacante y siempre que quieran consagrarse a la profesión de las Armas, categoría que, en otro caso, es de carácter meramente honorario, pero que supone haber cumplido con los deberes militares. Estando yo allí, se celebró una revista militar y tuve el honor de estar en la presidencia, donde, por cierto, no había más paisanos que el Rector (aunque con categoría de coronel) y yo. Conservo una fotografía de aquel acto en la que aparecen los estudiantes a caballo y, en el fondo, un gran cobertizo, como de un kilómetro o kilómetro y medio de largo por 600 o 700 metros de anchura, destinado a guardar las armas y a hacer el ejercicio en invierno o cuando el tiempo es malo.

* * •

En Illinois se observa la *ley seca* con rigor absoluto. Esta ley, que aparentemente es más o menos ridícula, representa

en el fondo uno de los casos de socialismo del Estado más definidos en la Historia, porque el principio que informa la intervención de aquél para prohibir a los ciudadanos que consuman vino o cualquier otra bebida alcohólica, ante el temor de que pueda perjudicar a su salud, no sólo es arbitrario, sino que puede lógicamente extenderse a regular el tanto y la calidad de la alimentación, ya que el que come mucho corre el peligro de la indigestión, y el que abusa de determinados alimentos está propenso a ciertas enfermedades, con lo cual se llegaría allí a hacer incompatible la vida con la «libertad», a pesar de figurar esta palabra en las monedas norteamericanas. Y en efecto, las prohibiciones extiéndense a otra porción de cosas, por ejemplo, a fumar como ya hemos visto que ocurría dentro del *campus* de la Universidad de Illinois, siendo lo mejor del caso que en algunos Estados se prohíbe terminantemente fumar cigarrillos, pero no puros o pipa. Por todo esto, a medida que avanzaba en mi viaje, iba rectificando gran número de ideas de las que había formado hacía nueve años cuando por primera vez estuve en los Estados Unidos, y apreciando el contraste entre lo que veía y lo que leí de joven en el famoso libro *París en América*, del gran liberal francés Laboulaye, quien dijo que los extremos de libertad podían llegar allí en lo futuro a producir resultados verdaderamente funestos. Si el autor viviese ahora, perdería todo temor, al ver cómo ocurre lo contrario de lo que profetizó. Confieso que la impresión que yo conservaba de la otra vez, sufrió no pocas rectificaciones, pues creí advertir una verdadera contradicción, un tanto triste y lúgubre, entre la marcha general del pueblo norteamericano hasta 1914, por lo menos, y la que después ha seguido. Pero encontré una persona en California que me dio el término exacto para caracterizar aquella civilización y su ambiente general; fué Javier Martín, un gran artista, de origen mejicano, nacido en los Estados Unidos, que habla en inglés, pero que conoce perfectamente el castellano, y es uno de los pocos que allí cultivan el arte, conversando con el cual acerca de mis impresiones del Este y

del Centro, que también, aunque atenuados por la tradición española y por la influencia oriental, experimenté en el Oeste, me decía: «Tiene usted razón, y yo que he nacido y que vivo aquí le puedo asegurar que coincido con usted, y que la impresión que causan los Estados Unidos es verdaderamente trágica.» Sin duda alguna: la tragedia se advierte en aquel país desde que se desembarca hasta que se pasa al otro lado de Norte América; tragedia que no deja de serlo por venir acompañada del lujo y de la grandeza material, de la posesión de enormes capitales, de las manifestaciones de la gran industria, de los grandes monumentos y edificios y de las enormes cantidades de dinero que se emplean en toda clase de fines, especialmente, en los de carácter pedagógico, porque todo esto hállase unido a una desconsoladora falta de espiritualidad.

Con ello no quiero decir que algo de lo que observaba Laboulaye no subsista todavía, aunque con menos intensidad que entonces, como es, por ejemplo, el interés por las cuestiones religiosas. Y conste que yo sólo puedo hablar, por k» que a este asunto concierne, de lo exterior, de lo oficial, porque no hay hombre en ningún pueblo tan difícil de ser penetrado como el yanqui, así se trate del más íntimo amigo, para averiguar si tiene o no ideas religiosas o profesa ésta o la otra religión; todos se reservan extraordinariamente cuando se toca este punto, si bien, al cabo, se descubre que los que acostumbramos a nombrar intelectuales no tienen, al menos, en la conducta, creencias religiosas de ninguna especie. No obstante, en Illinois hay muchas iglesias y muchas personas de ambos sexos que concurren a los oficios. La ciudad en que la Universidad está enclavada es una de las que se llaman levíticas, pues en ella casi todo el mundo es metodista, y sabido es que el metodismo es una secta de una severidad de principios y de una sencillez de costumbres realmente características. Yo entré, aunque por equivocación, en una de estas igle-

sias, pues creí que se trataba de un templo católico, cuyas ceremonias deseaba presenciar; por no llevar puestos los lentes, avancé demasiado en el recinto, y dándome algún reparo salir ya de él, opté por quedarme hasta el final. En cuanto me vieron, vino uno a entregarme un libro de himnos para que cantase con los demás, y al acabar el acto del culto pasaron una bandeja en la que todos dejaban una moneda; claro es que yo hice lo mismo; pero advertí después que había dado más dinero que los otros, lo cual me molestó considerando la modestia de mis posibilidades.

La controversia religiosa es allí muy frecuente, y recordaré, al caso, una conversación que sostuve con una autoridad eclesiástica católica del Oeste, quien me dijo que esa lucha tenía alguna eficacia porque, pocos o muchos, los creyentes lo eran de buena fe, y aun se mostró muy sorprendido de que en España la Iglesia católica estuviese bajo la protección del Estado. «Yo no sé — añadía — si esto es bueno o malo; no conozco su país de usted, aunque presumo que, dadas sus condiciones, acaso no haya otro remedio que proceder como se procede; pero lo que sí puedo asegurar es que aquí sería un desasiré para nosotros que el Estado subvencionase o protegiese la religión, porque cuando nos hace falta dinero, cuando necesitamos, por ejemplo, unos cuantos miles de dólares para terminar la edificación de una iglesia, yo hago poner un anuncio en las esquinas de San Francisco diciendo que en tal o cual sitio (buscando siempre un local en que quepan 14 o 15.000 personas que, naturalmente, pagan su entrada) estoy dispuesto a discutir con los representantes de otras religiones y a demostrarles que están equivocados; el resultado de estas controversias es admirable; recientemente, en una de ellas recaudé 13.000 dólares; y de este modo se allegan cantidades que sería imposible obtener con el régimen de España.»

Puede decirse, pues, que aun cuando la preocupación religiosa no sea tan intensa como en los tiempos de Laboulaye, es todavía muy acentuada, especialmente en las regiones del Este, y que en todo yanqui hay cierta levadura puritana

(efecto de la influencia holandesa de los primeros colonizadores) que se advierte tanto en los rasgos físicos, como en la conducta familiar del padre con respecto a la esposa y a los hijos.

m

La Universidad de California; organización general de las Universidades norteamericanas; el antiguo y el nuevo criterio. — Esplendidez de las instalaciones universitarias, los deportes; el estudio de los idiomas. — El «Moctezuma School»: ceremonia conmovedora; una moda estrambótica. — Importancia excepcional del estudio del español.

Después de haber dado las conferencias en Illinois, volví a Chicago y emprendí el camino con dirección al Occidente, viaje que dura tres días con sus noches, hecho en un tren muy cómodo, como casi todos los de Norte América, que atraviesa varios Estados y desde el cual se contempla el espectáculo interesantísimo de aquel paisaje con toda comodidad, porque el último de sus coches está destinado a observatorio. Poco después de salir de Chicago, se pasa por el lago Salado; luego se atraviesan las Montañas Rocosas, y aun cuando rapidísimamente, pueden apreciarse detalles de costumbres, de trajes y de poblaciones. Llegué, en fin, a California, en cuya Universidad había de cumplir mi compromiso. Está situada en la ciudad de Berkeley, a media hora de San Francisco, y ésta es la ocasión de advertir que los norteamericanos, con pocas excepciones, han seguido para la construcción de sus Universidades el principio que recomendaron los hombres del Renacimiento, especialmente, el más grande de todos ellos en materia pedagógica, Luis Vives, el cual en su libro *De Disciplina* recomienda que al fundar la Escuela, no se elijan lugares muy poblados, porque eso puede contribuir a que se maleen las costumbres de los estudiantes y a que se distraigan y no dispongan del recogimiento necesario para el trabajo, ni del sitio adecuado para el ejercicio campestre que les es tan

necesario. Por eso, la Universidad característica del Renacimiento español, que es la de Alcalá, fué fundada en aquella ciudad, pues el cardenal Cisneros y sus consejeros se atuvieron al criterio general, criterio que pronto se extendió a Inglaterra, donde hasta las leyes de pobres de 1530 están, según se dice en su preámbulo, inspiradas en el tratado *De Subventionis Pauperum* de Luis Vives. El pueblo inglés ha seguido la tradición, y hoy sus Universidades hállanse en los mismos puntos en que fueron fundadas, aunque claro es que, con el tiempo, la afluencia de estudiantes, como ocurrió aquí con Salamanca y Alcalá, han convertido aquellos sitios en centros populosos.

En California, más que en ninguna otra de las siete u ocho grandes Universidades, obsérvase la lucha entre el criterio viejo y el nuevo; el primero sostiene que la Universidad debe seguir siendo lo que era en la Edad Media, es decir, una *universitas* o totalidad, y así los norteamericanos, cual los hombres del Renacimiento, incluyen en ella todas las disciplinas, todas las ramas del saber humano que son susceptibles de estudios superiores, y por eso han establecido Facultades de Agricultura, de Música, de Minas, de Derecho, etc., etc., sin que haya conocimiento alguno ni grado de él que esté fuera de la Universidad, pues dentro de ella se consideran la primera enseñanza, en cierto modo, y las escuelas análogas a nuestros Institutos o a los Liceos franceses, cuya vigilancia se encomienda a los profesores universitarios; y, por cierto, que el desempeño de esta función no es de las menores cargas que pesan sobre ellos.

Pero hay otra corriente, formada por elementos muy numerosos, que sostiene que este sistema es absurdo, y que para que no termine por sí mismo, habrá necesidad de reformarlo. Estos elementos estiman que incluir en la Universidad todo género de disciplinas, ocasionará lo que ha sucedido ya en la de California, a saber, que con un presupuesto de nueve millones de dólares (mayor, como se ve, que el destinado a toda la Instrucción pública en España), haya tenido en el

pasado ejercicio un déficit de quinientos mil dólares, a pesar de la buena gestión de sus administradores, y se haya visto en la precisión de decir al Gobierno que sin un aumento en el presupuesto, de millón y medio o dos millones de dólares, no podrá vivir. Según el elemento nuevo, ésta es la consecuencia del criterio tradicional, pues siendo mayores cada día las necesidades de uno de estos centros en cuanto a personal, laboratorios, bibliotecas, etc., y teniendo como tiene cada uno de ellos todas las disciplinas dotadas de los mayores perfeccionamientos, llegará un día en que no será posible que se conserven en la altura en que hoy están. Para evitar el mal, creen que el Estado debiera dedicar cada Universidad a una especialidad determinada, en armonía con las necesidades del territorio en que radique. Así, por ejemplo, en California lo que más interesa es la agricultura; hará unos quince o dieciséis años se desarrolló una epidemia en el ganado en tales proporciones, que parecía que iba a concluir con él, y el Estado entonces consultó a la Facultad de Agricultura; los profesores a ella adscritos, tras no poco trabajo, lograron descubrir la causa de la enfermedad y remediarla, con lo cual el Estado, al ver que la Facultad le servía para algo útil, aumentó la subvención. Y de aquí que el elemento nuevo entienda que allí donde la agricultura alcanza más importancia que en ningún otro de los 49 Estados de la Unión, la Facultad que debe tener su Universidad es la de Agricultura, dejando para otro sitio la de Medicina y para otro la de Derecho, etc., y así, reuniendo en cada una de ellas lo mejor que pudiera encontrarse en personal y en material respecto de su disciplina correspondiente, no se necesitaría duplicar los gastos, y cada Universidad, con menor presupuesto del que hoy tiene, viviría holgadamente y a la altura de los últimos adelantos.

* * *

Realmente, el espectáculo de las Universidades norteamericanas es maravilloso para los europeos, excepto para los que procedan de las grandes Universidades alemanas o de las in-

glesas de Oxford o Cambridge, pues se ven cosas con las que no se había ni soñado. Allí hay de todo, no sólo en cuanto a edificios, que son excelentes, amplios y perfectamente cuidados, con jardines inmensos e importantes bibliotecas, sino en punto a distracciones y ejercicios corporales de los alumnos. En la Universidad de California hay campos de *golf* y de *tennis* y un inmenso estanque donde, entre clase y clase, estudiantes y estudiantas se dedican a la natación, pues la mayoría, como sucede también en Inglaterra, más que al estudio se entrega a los deportes, lo cual no quiere decir que el que quiera estudiar de veras no encuentre para ello toda clase de elementos.

No menos de admirar es su teatro griego, construido con arreglo a los planos de los teatros de Grecia, particular que se ha estudiado con esmero extraordinario, hasta el punto de que uno de los profesores de Literatura griega de California ha rectificado fundamentalmente la opinión de los cultivadores de la literatura clásica respecto de la situación de la orquesta en el teatro griego, demostrando en una Memoria que el de aquella Universidad es el más puro que existe en el mundo, entre las imitaciones. En él representan los estudiantes obras latinas y griegas, y yo presencié una obra de Esquilo admirablemente interpretada. Otras veces la Facultad de Música da conciertos en el local y los músicos son también estudiantes.

Poseen además un *stadium*, semejante en la forma a nuestras plazas de toros, pero mucho mayor que la mayor de ellas, porque caben unas setenta y cinco mil personas. En él se verifican la inauguración del curso y todos los actos académicos a que asista gran concurrencia, como son, por ejemplo, aquellos en que se disciernen los grados de los militares y de los marinos, ceremonias que se celebran bajo la presidencia del Rector y del Gobernador. Las bibliotecas son, por su número y por la calidad de sus obras, de una gran importancia. En Illinois presencié la colocación provisional, en uno de los «ótanos de la Universidad, de la copiosa librería particular de

uno de los más reputados eruditos italianos, adquirida en un millón de dólares. En California, compran en España bibliotecas enteras con destino al departamento de español, y en las demás naciones para los departamentos en que se cultivan sus lenguas respectivas; y no hay que sorprenderse de estas esplendideces por lo que toca a los idiomas, porque ya hice notar el furor que despierta su estudio, no en los que acuden con fines científicos, sino en los que van con fines comerciales. Estando en Berkeley, entré en una tienda donde se vendía un famoso refresco inglés que pedí a la señorita encargada del despacho, la cual me preguntó en castellano si yo era español; al contestarla yo que sí, me dijo que ella había ido a la Universidad a aprender lo poco que sabía de esta lengua. Hay, en efecto, muchos jóvenes que pensando dedicarse al comercio, siguen un curso en la Universidad, aunque prácticamente no les sirva para mucho, sólo por darse la satisfacción de decir que han estado en ella.

* * *

Como la segunda enseñanza está bajo la jurisdicción de la Universidad, tuve ocasión de visitar uno de sus colegios, el *Moctezuma School*, y de observar de qué modo se esmeran en la educación y en la instrucción de los muchachos que a él concurren. Llegué un día en que los alumnos antiguos, terminados sus estudios, se despedían de la escuela y entraban los nuevos. Declaro que pocas veces en mi vida he presenciado espectáculo tan emocionante, por el arte y por el cariño de que todo estaba rodeado. Hállase situado el colegio en lo alto de una cadena de montañas, a mucha distancia de San Francisco. Comenzó el acto con un pequeño concierto, al que siguió un discurso del profesor que la Universidad había enviado a este efecto, y un sermón del sacerdote del colegio. Después principiaron las conmovedoras ceremonias de la despedida de los que hasta entonces habían sido alumnos de

la casa, ceremonias que me parecieron inspiradas en aquel verso de Lucrecio en el que habla de cómo las generaciones se suceden las unas a las otras y cómo parece que las que vienen han recibido de las que se van la lámpara de la vida. Los alumnos antiguos, colocados en fila en lo bajo de la montaña, llevaban en sus manos antorchas encendidas. Los nuevos situáronse en lo alto. Uno de los primeros se destacó del grupo y marchó al que formaban los novicios; al llegar, entregó a uno de ellos la antorcha y la ceremonia se repitió hasta que todas las antorchas quedaron en manos de los nuevos. Los antiguos emprendieron el camino; al llegar a lo alto de la montaña, cuando ya se perdían de vista detrás del último arbusto, levantaban la mano diciendo adiós. «Hasta hoy, ésta ha sido vuestra casa — les había dicho el Rector — ; de aquí en adelante podéis venir a ella, y en recibiros tendremos viva satisfacción; seréis nuestros huéspedes, pero la casa es ya de estos que ahora llegan.» Cuando dejamos de ver al último estudiante, era profunda la emoción de los que asistíamos al acto, y en nuestros semblantes reflejábase el convencimiento de que aquello no era una de tantas ceremonias oficiales, sino algo sentido y verdadero que hacía brotar las lágrimas.

Por lo que toca a la parte pedagógica de las Universidades norteamericanas, habría bastante que hablar. En cierto aspecto, son muy parecidas a nuestros Institutos y Escuelas especiales, pero de Universidades tienen realmente muy poco. Eso sí, los estudiantes disfrutan en ellas de todo género de comodidades, y en sus campos espléndidos, en sus jardines enormes llenos de césped, y en sus bosques, pueden dedicarse al cultivo de los deportes y aun de los caprichos que imponga la moda. Un día, cuando iba a mi clase a las diez de la mañana, al dar la vuelta a un plantío de árboles, me encontré con un oso, al que un estudiante llevaba atado con cadena como pudiera hacerlo con un perro, cosa que aunque allí nadie se sorprende de nada, no dejó de sorprenderme a mí. Después me dijeron que era moda y que muchos estudiantes

tenían un osezno que llevaban a todas partes, incluso a las cátedras de la Universidad.

Ninguna lengua ni literatura europea, exceptuando la inglesa, tiene al presente en los Estados Unidos tanta importancia como la literatura y la lengua española, lo cual es satisfactorio, en cierto modo, para nosotros, y digo en cierto modo, porque el móvil principal del interés que allí tienen en aprender nuestro idioma es el de estrechar las relaciones de los Estados Unidos con la América española y nace en el círculo de las personas que orientan este movimiento, que no son precisamente los estudiantes y profesores; pero, en fin, lo cierto es que éstos se dedican de buena fe a tal estudio, y que se fundan clubs y sociedades, dedicados exclusivamente al fomento del español. Yo fui invitado por uno de estos clubs a dar una conferencia en la ciudad de Stanford, y llegué allí creyendo que sus socios serían españoles, o, por lo menos, hispanoamericanos; todos, sin embargo, eran yanquis que habían fundado la sociedad porque les interesaba el español, llevando tan a punta de lanza su deseo de aprenderlo, que en uno de los primeros artículos de su reglamento dispusieron que desde el instante en que el socio entrase en el local estaría obligado a prescindir de su idioma y a hablar solamente en español; y es claro, como la mayoría sabía muy poco de él, eran bastante cómicas las escenas que allí se presenciaban, y el castellano que, por lo general, se oía, sumamente pintoresco. Hay además una *Asociación General de Maestros de Español*, que cuenta con más de 4.000 individuos y que tiene delegaciones o filiales en cada Estado. Yo tuve el gusto de asistir a una de sus reuniones, seguida de banquete, en los que no había de hablarse más que español. La *lista de los platos* (así la llamaban en perfecto castellano) tenía un dibujo representando el patio de los Arrayanes, de la Alhambra, y en ella aparecían una porción de términos y con-

dimentos que son más bien de Méjico o de otras comarcas hispano-americanas. La lista decía así: *Sopa olivos*, *Fritura de bananas*, *Gallina y arroz*, *Amores nuevos*, *Café*. Aun con este español, en el banquete no dejó de cultivarse nuestro idioma.

EL ORIENTE

i

EL JAPÓN: De San Francisco al Japón; las islas Hawai; el peligro japonés para los Estados Unidos; Honolulu. — Llegada al Japón; Tokio; un encuentro inesperado. — La antigua ciudad de Kioto; el apego a la tradición; el hotel de Kioto.—Una «geisha» por guía; visita a varios establecimientos; el teatro japonés y su sentimiento de lo trágico.

El 2 de agosto embarqué en San Francisco en el *Presidente Monroe* con rumbo a Oriente, y aquí empiezan verdaderamente mi peregrinación y mis padecimientos, porque la época era disparatada para hacer tal viaje; además, yo iba absolutamente solo, sin un amigo en el barco y sin esperar encontrarlo tampoco en ninguno de los sitios a que me dirigía. Pero era extraordinario mi interés por visitar la India, sin sospechar entonces que había de encontrar países aún más interesantes que la parte que de ella vi.

A los doce días de navegación, llegamos a las islas Hawai, una de las grandes preocupaciones de los Estados Unidos. El Japón es para ellos una pesadilla permanente, y bien se trasluce en los folletos y en los periódicos políticos; cuando yo llegué a Nueva York acababa de dictarse una disposición por virtud de la cual se prohibía a los japoneses la inmigración en los Estados de la Unión. Estos, no ha muchos años, habían regulado ya el número de inmigrantes de cada nación europea o asiática; pero ahora el Japón, que estaba en las mismas condiciones que los demás países, se ha encontrado con una ley de excepción que prohíbe la nacionalización y

la inmigración de sus naturales. Tal medida determinó inmediatamente la represalia por parte del Japón, consistente en excluir de sus numerosos barcos a todos los marineros y empleados norteamericanos, y desde entonces los Estados Unidos no dejan de pensar en la posibilidad de una ofensa por parte del Japón, aunque algo les haya tranquilizado el quebranto que ha sufrido por causa de los terremotos en el Norte y en el Nordeste.

No comprendí yo bien ese peligro hasta llegar a las islas Hawai, que son, por cierto, de una fertilidad extraordinaria y de gran interés para la Antropología, porque en ellas se conservan los restos de los pueblos que primitivamente las habitaron, y, en general, todos los datos antropológicos de los pueblos de Oceanía, con excepción de los de Australia. En el llamado *Museo del Obispo*, que es uno de los mejor organizados del mundo, vense trajes, escenas de costumbres, animales terrestres y acuáticos, chozas, armas, instrumentos de trabajo, etcétera, etc., que dan idea muy acabada de todos los detalles y circunstancias de la vida de aquellas gentes.

Pero al penetrar en Honolulu, que durante un día entero recorrí en un auto, me convencí de que más de la mitad de la industria y del comercio de las islas Hawai está en manos de japoneses, hasta el punto de que en las calles principales casi todos los anuncios están en su idioma; los dueños de las tiendas, aunque naturalizados, son japoneses también, que no olvidan su raza y su país de origen, y que, en caso de peligro, se pondrían indudablemente al lado de su antigua patria. Es, por consiguiente, ésta una grave amenaza, tanto más cuanto que es corriente en los Estados Unidos la opinión de que, llegado el momento de la ofensiva, los barcos japoneses acometerían a los Estados Unidos, y que como en el camino se encuentran las islas Hawai, a ellas se dirigirían, dadas su gran extensión y riqueza.

En Honolulu vi uno de los más grandes y majestuosos hoteles del mundo; está destinado a los veraneantes, para cuyo servicio tiene acotada una playa de muchos kilómetros; posee

barcos de recreo, contruidos a imitación de los antiguos de las islas Hawai, y una biblioteca de cierta importancia. No pude ver más que algunas de las producciones naturales del territorio y uno de sus volcanes, situado muy cerca de la capital, porque a los dos días de haber llegado, emprendimos nuevamente la marcha, y próximamente en unos once o doce arribamos al Japón.

Y allí fué donde comenzó mi verdadera sorpresa, pues hasta entonces, y aun cuando en California se advierta ya la mezcla del elemento occidental con el oriental, no me había dado perfecta idea de la diferencia profunda que existe en las costumbres, religión y demás manifestaciones de la vida cuando se las compara con las de Europa. Llegué a Tokio con ocho horas de retraso, y allí me percaté de que me iba a ser algo difícil visitar lo más interesante del Japón, que es, sin duda, Kioto, su antigua capital; mas por una de esas cosas impensadas que suceden, un día de horroroso calor que iba yo por la calle en un carrito tirado por un hombre casi desnudo, sin más ropa que un pañuelo cruzado por las piernas y otro atado en las sienes, fui detenido por un japonés vestido con kimono y calzado con sandalias rígidas, pues aquellas gentes, más que ningunas otras, apegadas a sus costumbres, no han prescindido del traje tradicional; no obstante, llevaba en la cabeza un sombrero de paja como los nuestros, con lo que su figura era bastante ridícula. Figúraos cuál sería mi asombro al oír que este joven me decía en perfecto castellano: «Profesor, ¿cómo usted por aquí?» Le contesté que no le reconocía, y después de algunas explicaciones, vino a resultar que había estado en la Legación del Japón en Madrid, y que entonces había asistido a mi clase de la Universidad, aunque yo no me acordaba de ello. Enterado de mi deseo, propúsose acompañarme a la antigua capital, y al decirle yo que habiendo tres horas y media de tren no íbamos a llegar hasta la noche y que,

según mis noticias, los extranjeros eran allí mal mirados y aun que corrían algún peligro, me respondió: «Es verdad; pero yo voy con usted; veré al Gobernador de la ciudad y procuraremos encontrar persona que le guíe, porque yo no soy del Norte y no la conozco bien.

* * *

En efecto: a las cuatro tomamos el tren, y a las siete y media, ya de noche, llegamos a Kioto, que es una ciudad como Venecia, porque la mayor parte de las calles tienen grandes canales. La iluminación es característicamente japonesa, compuesta de farolillos de papel de colores, colocados a grandes distancias, por lo cual la luz resulta suave, pero extraña. En la época en que yo estuve, por ser de gran calor, las familias estaban sentadas a la orilla del canal.

El silencio de la noche, el color extraño de la iluminación, el singular perfume que impregna la atmósfera en los pueblos de la India, de China y de todos los de Oriente, producido por la combustión de los trozos de madera olorosa de Ceilán; el murmullo de los rezos que sale de las habitaciones en que el bonzo, rodeado de mucha gente, singularmente de muchachos, dirige las oraciones, producen tal impresión que no se olvida nunca; impresión de color, pero trágica, que comprendí mejor después de ver el teatro japonés y algunos de sus espectáculos. El japonés es una mezcla extraña de amor a los adelantos modernos y de apego a sus tradiciones; lo de que hayan renunciado a sus costumbres y a sus trajes es una fábula, y por eso el viajero ve en las estaciones, por ejemplo, grúas de los últimos modelos de los Estados Unidos, pero manejadas por obreros que llevan kimono y sandalias; ve también que allí usan para comer los mismos útiles que usaban en el siglo xi, y como lo mismo ocurre con sus demás costumbres y con su religión, bien puede asegurarse que no han perdido absolutamente nada de lo fundamental de su carácter histórico.

En Kioto hay dos grandes hoteles: al uno de ellos, establecido a la moderna en cuanto a poseer toda clase de comodidades, pero de estilo japonés, me condujo el amable discípulo que me acompañaba; pedí en inglés una habitación, y aunque el encargado no sabía mucho de este idioma, cosa rara allí, al cabo logramos entendernos. La habitación que me dieron era un salón enorme, en cuyo fondo veíanse dos gigantescas estatuas de guerreros japoneses de la Edad Media, con armaduras de bronce, y cuyo techo tenía un artesonado muy original. Bajé al comedor, servido por japonesas, y al verme los ocupantes de las dos o tres mesas que en él había, levantaron la cabeza y me miraron de un modo muy poco amable. Yo, confiando en el amigo, que se había marchado a ver al Gobernador, y en el guía que me ofreciera, me senté y me dispuse a comer, eligiendo, un poco a ciegas, de entre los platos de la lista, que estaba en japonés. Agobiado por el horrendo calor (pues yo no llevaba el traje indispensable para estas latitudes, que no adquirí hasta llegar a la China), y a pesar de enjugarme constantemente con los cuatro o cinco pañuelos que llevaba en el bolsillo, no pude evitar que al inclinarme sobre el plato de sopa que me habían traído, cayese sobre él una cantidad de sudor, tan grande, por lo menos, como el contenido de la botella que tenía delante. La japonesa que me servía se sonrió; llevóse el plato, y volvió con el abanico de mayor tamaño que he visto en mi vida, el cual estaba unido a un vastago de bambú de más de dos metros, y a esa distancia, y ayudada de su compañera, empezaron a manejarlo con destreza, gracias a lo cual pude seguir comiendo medianamente aliviado.

Llegó en esto el japonés con el guía que me proporcionaba el Gobernador, que era una mujer que sabía el chino, cosa que para mí no representaba, a la verdad, ninguna ventaja, pero que también conocía el inglés, y habiéndole preguntado a mi joven discípulo por qué se le había ocurrido al Gobernador enviarme por guía a una señora, me contestó que era una *geisha*, es decir, un personaje casi sagrado, circuns-

tancia de la que pude cerciorarme al poco tiempo, porque al entrar con ella en cualquier sitio, los que en él estaban le hacían unas reverencias como las harían al mismo emperador. Salimos, pues, del hotel aquella señora y yo, porque el japonés no creyó oportuno venir con nosotros, y subido cada uno en su carro de mano, nos dirigimos a visitar el establecimiento principal de damasquinados (que es el de Komay), trabajos parecidos a los que llamamos aquí incrustaciones de Eibar. El dueño, que era un viejecito muy interesante, saludónos atentamente, hizo sacar cerveza, negra como la tinta, pero extraordinariamente agradable, y una gran bandeja de cristal de roca, de gran valor, llena de hielo; después de que bebimos, empezó a mostrarnos algunas de las maravillosas obras que tenía, pero los precios eran también maravillosos, y en su consecuencia, yo no pude satisfacer mi deseo de llevarme algunas de las preciosidades que más me interesaban, contentándome con adquirir cuatro o cinco cosas muy pequeñas y a admirar las demás.

Fuimos después a casa de un coleccionista de grabados antiguos, que hubieran hecho la delicia de los Goncourt, porque allí estaban las firmas japonesas más notables de los siglos xvi y xvii, y no pocas del xviii. Le pregunté cuánto valían algunas de esas obras, parecidas a nuestras acuarelas, y me contestó que no las vendía, porque él era un coleccionista, y agregó que si me las enseñaba, era en consideración a la señora que iba conmigo. Ella entonces se indignó y le dijo que me vendiera lo que yo quisiera y por el mismo precio que a él le hubiera costado. Él inmediatamente manifestó su aquiescencia, pero yo no quise abusar de mi situación y me limité a adquirir por 30 yens, equivalente cada uno a 10 reales de los nuestros, tres preciosas acuarelas, que tienen aquí un valor considerable.

Luego visitamos otras tiendas, pues es de advertir que, por causa del calor, allí se abren los comercios principalmente por la noche. Finalmente, la geisha me llevó a los dos teatros

japoneses que hay en Kioto. En uno de ellos, vi la *Historia de la venganza de los 47 samurais*. Son éstos los nobles del antiguo régimen, y su historia, tradicional en el Japón, que es en la que los niños aprenden a leer, es conocida en España merced a una edición traducida por un catalán y publicada en Barcelona. Es cuento que los japoneses no se cansan de oír en todas sus formas, ya en la escuela, ya en el teatro en forma de drama popular, y todo esto me confirmó en mi idea de que entre todos los pueblos del mundo que posean una civilización más o menos adelantada, no se encuentra otro en que el sentimiento trágico sea más intenso que en el Japón. Los actores japoneses son, en efecto, los primeros del mundo; la afición al teatro es allí general y su florecimiento innegable. Es ley de la historia literaria la de que el teatro no aparece en ningún país hasta que se ha desarrollado en él el sentimiento de lo trágico, y así en Grecia, por ejemplo, las primeras obras teatrales son tragedias, y Esquilo, Sófocles y Eurípides, anteriores a la aparición y desarrollo de la comedia, por lo cual ha podido decirse', con mucha exactitud, que una admirable tragedia la puede escribir un joven de dieciocho años, pero que para escribir una comedia buena se necesita la experiencia de la vida. Por eso, cuando se encuentran algunos restos de literatura dramática primitiva pertenecen preferentemente a la tragedia. Pero este fenómeno en los japoneses, se da no solamente en sus orígenes, sino en su literatura actual, que ha sabido sostener a través de tantos siglos la afición a lo trágico, debiendo notarse que la misma expresión de seriedad y de profundidad que caracteriza a la producción trágica, éohase de ver también en la fisonomía japonesa, en las líneas de sus monumentos y en todas sus costumbres.

Me bastó el día y medio que estuve en Kioto para comprender lo interesante que es aquel pueblo y cuan inexacta es la creencia de que el Japón, enamorado de la civilización moderna, haya abandonado sus antiguas costumbres, pues, en efecto, aunque su Código de comercio esté redactado

por un alemán, y extranjeros fuesen también los redactores de su Código civil, de su Constitución y de todas sus principales leyes, viajando por aquel país, se ve que los habitantes no han renunciado, ni en su interior ni en su exterior, absolutamente a nada de lo que constituye su tradición fundamental.

II

LA CHINA: Imposibilidad de llegar a Pekín. — Sangay: los cementerios chinos; la población china y la aglomeración en las ciudades; una horrible crueldad; animadversión a los extranjeros; desorganización del pueblo chino.

Al salir del Japón, me acometió una enfermedad bastante grave que me impidió viajar con las comodidades y en las condiciones que hasta allí. No obstante, continué con rumbo a China y visité dos poblaciones importantes: Sangay y Hong-Kong. No me fué posible realizar mis deseos de conocer Pekín, ciudad cuya mayor parte es antiquísima, mientras que Sangay y Hong-Kong son poblaciones realmente inglesas y modernas, salvo la ciudad indígena, empotrada, por decirlo así, en la europea. La causa de que no me decidiese a ir a Pekín fué la siguiente. Visité a un famoso general, cuyo nombre ha sonado estos días en los periódicos con motivo de la guerra en China, para pedirle un pasaporte o salvoconducto que me diera la garantía de llegar desde Sangay a dicha ciudad; recibíome el general atentamente, y después de las largas ceremonias preliminares, que consisten en que un criado (que era un soldado en este caso), sirva aquel té maravilloso de que aquí no tenemos la menor idea; en beberlo haciendo las reverencias de ritual, y en no pronunciar, mientras se ingiere, ni una sola palabra acerca del objeto de la visita, expúsele, por fin, mi deseo. Me contestó que, tratándose de un profesor español, estaba dispuesto a servirme, a darme el salvoconducto y a poner a mis órdenes a dos soldados que me

acompañasen; pero que me advertía que el que necesitaría el salvoconducto, y no dos, sino muchos más soldados para ir a Pekín, sería él, si tuviera la mala ocurrencia de emprender el viaje; en vista de lo cual, y como no me cabía duda de la sinceridad de sus palabras, despedíme de él y renuncié definitivamente a mi propósito.

En Sangay y en sus proximidades vi cosas curiosísimas, aunque sus detalles no los tengo presentes en este momento; recuerdo, sin embargo, el aspecto uniforme de los enterramientos chinos, extraño para los europeos y americanos, cuyos cementerios producen impresión desagradable por la diferencia entre las sepulturas según la posición social que haya tenido el difunto, mientras que en los chinos es igual la del rico que la del pobre, con piedras de la misma forma, del mismo tamaño y con la misma inscripción.

No menos curiosa es la ciudad china de Sangay, pues en ella se ve hasta qué punto viven allí las personas amontonadas, causa de que las epidemias se desarrollen de un modo imponente y de que las muertes ocurran a millares. Pero es tan enorme la población china, que uno de los escritores americanos que han recorrido el Norte y el Nordeste del inmenso Estado, dice que no hay idea del número de millones de sus pobladores, y que el afirmar que son 400 o 500, es incurrir en grande error, porque la India, que es enorme, pero que no llega a la mitad de la China, tiene, según cálculo de los ingleses, más de 300 millones de habitantes, y el número de chinos es, en proporción, muchísimo mayor, teniendo en cuenta lo prolífico de la raza. Quizá sea éste el motivo del descuido y aun de la crueldad que la gente del pueblo tiene con relación a sus hijos; demuéstalo el siguiente caso: iba yo acompañado de un yanqui, médico del barco en el que había hecho el viaje, por una calle estrecha, ocupada toda ella por tiendas y, especialmente, por fabricantes de fichas para el juego del *mah-jongg*, ahora tan de moda; contemplaba la minuciosidad y delicadeza de aquel trabajo, que hacen sobre el mostrador, encima del cual se sienta el dueño, circunstancia que trajo a mi

memoria pasajes de las *Mil y una noches*[^] libro en el que tan frecuentes son los recuerdos de Persia y de la India; estando en esto, vimos en el arroyo cenagoso que corría por entre las dos filas de tiendas, el cuerpo de un niño sumido en el agua hasta la mitad, con la boca, los ojos y las narices cubiertos de moscas, al que, por mi poca vista, hubiera yo pisado, de no advertírmelo mi acompañante. Yo le dije entonces: «¿Si esto es una criatura que está muerta!» A lo cual me contestó el médico: «Sí lo es; sabe usted que los chinos no se cuidan de los niños, y que si los estorban, los tiran en cualquiera parte; sobre todo, si son hijas que están enfermas, cuando el médico asegura que no llegarán al día siguiente, las cogen por una pierna y las arrojan por la ventana.» Yo quise cerciorarme de si el niño vivía, y cuando mi compañero, después de ponerle la mano en el corazón, me contestó afirmativamente, le pregunté qué es lo que hacíamos, a lo cual él me respondió que sería peligroso hacer nada, porque, probablemente, los padres nos estarían mirando, y que lo más prudente era no intervenir en aquel asunto. En vista de ello, seguimos adelante dejando en el arroyo a aquella criatura.

Indudable es también que hay grande animadversión a los extranjeros, no ya en las regiones del interior, que están inexploradas, sino hasta en las ciudades en las que ha entrado la civilización llevada por los ingleses, que aún conservan viva la hostilidad al europeo.

Los policías no son muy numerosos, pero, en cambio, todos van armados con rifle, arma que, con mucha frecuencia, disparan contra los chinos echándolos al otro mundo, sin dar al hecho importancia alguna. En cierto modo, se comprende que así ocurra, cuando se ve que en cuanto se detiene un europeo en cualquier parte, y especialmente si se acerca a un mostrador con intención de comprar alguna cosa, no pasa un segundo sin que se le coloquen detrás seis o siete chinos, ni un minuto sin que, por arte de encantamiento, aquellos seis o siete se conviertan en ciento o doscientos, de tal modo, que le es imposible salir de allí sin valerse de un arma o sin que

venga en su auxilio la policía, porque de otra manera se expone a que le dejen en cueros. A un compañero de pasaje, también médico, y a mí, nos ocurrió en una ocasión que habiendo entrado en una tienda a comprar una piedra de jade, cuyo valor es superior al del brillante, nos dimos cuenta de que se trataba de una imitación, y, por tanto, no sostuvimos el precio que por ella habíamos ofrecido creyéndola legítima; el chino entonces se enfadó y comenzó a gritar, y en menos tiempo del que se dice nos vimos completamente envueltos por los chinos. Todavía no sé cómo logramos salir de entre aquella gente.

Curiosos son los establecimientos que, al modo de nuestros cafés, hay para tomar el té en esas ciudades, y más aún los templos, muchos de ellos contruidos con maderas que, como todos los demás materiales, han sido transportados del interior y pertenecieron a otros templos antiquísimos.

Yo saqué la impresión de que el pueblo chino está completamente desorganizado y de que positivamente no existe allí quien tenga autoridad, no ya sobre toda la China, pero ni aun sobre aquellos territorios que constituían las antiguas provincias. Hay tan grande anarquía, que no se comprende cómo nadie se arriesgue a trasladarse a 20 kilómetros de su residencia sin exponerse a perder la vida, pues son muchos los peligros que se corren en los viajes. Así y todo, yo me decidí a ir a algunos pueblos próximos a Sangay para ver edificios antiguos, templos, pagodas, etc., de los cuales pude obtener fotografías; pero no tuve ocasión ni oportunidad de examinar a fondo el carácter del pueblo chino, porque los puntos que recorrí, excepción hecha de Sangay, eran pueblos en los que el inglés ha dominado y domina de modo absoluto. No quiere decir esto que no existan allí elementos importantes de otras naciones, como Francia y como España, que está representada por las órdenes religiosas, cual sucede en Hong-Kong, en donde los franciscanos españoles viven en un palacio que compraron a un chino rico, y en el cual han establecido una magnífica residencia.

III

LA INDIA: Dé China a la India; Ceilán; excursión nocturna de Colombo a Kandy: un rebaño de elefantes y una plaga de mosquitos. — Las aduanas de la India. — Situación comprometida de Inglaterra en aquel país. — De Madras a Bombay; un mono blanco. — Bombay; la India o «El País de los Cuervos». — La cremación de cadáveres. — Las castas de la India; el cementerio de Malabar. — Grave movimiento contra Inglaterra. — Las cuevas de Elefanta. — Regreso a Europa.

Desde Sangay, cruzando el mar de la China y el Archipiélago malayo, llegamos a Singapoore, costeamos la isla de Sumatra y con ello comencé a entrar en la atmósfera de la India, y a ver gentes de otra raza y de otras costumbres. Dejé el barco americano en Ceilán, tierra que me produjo un efecto maravilloso, pues no vacilo en decir que llamó mi atención más que todo lo que después vi en el Oriente. Recordaré siempre una expedición nocturna que hice desde Colombo a Kandy, la antigua capital, atravesando por bosques de árboles de la canela, de cocoteros y de bananas y por campos de flora interesantísima que yo no había visto jamás, expedición en que tuvimos la suerte de no tropezar con un rebaño de más de cuarenta elefantes que aquella misma noche se habían escapado de su encierro y destrozado un puente por el que teníamos que pasar. Por fortuna, salió a nuestro encuentro un campesino que detuvo el auto en que íbamos y que poco antes había visto el rebaño; y, en efecto, no tardamos en advertir algo extraordinario en el camino, pues aquellos animales, que, como todos los de su especie, marchaban en línea recta, habían arrancado de cuajo árboles más gruesos que mi brazo, y convertido en verdadero pantano una hermosa plantación de tabaco, producto que tiene allí excepcional estimación por la excelente calidad de sus hojas, finas como seda y apenas sin nervios, circunstancia que las hace ser sumamente apreciadas para la envoltura de los cigarros. Tuvimos, pues, que

volver por otra parte y llegamos a Colombo, ya de madrugada. Estos viajes son allí muy molestos, sobre todo en el tiempo en que yo los hice. Además, en Ceilán comencé a sufrir el tormento de los mosquitos, insectos de múltiples variedades, aunque todas tienen de común el producir la fiebre con sus picaduras, fiebre que en algunos casos, si no le lleva a uno al sepulcro, le tiene, por lo menos, cincuenta o más días en la cama. Para precaverme de ellos, tuve, como todos los extranjeros, que adquirir el aceite que produce una planta, el cual tiene la propiedad de ahuyentar los mosquitos, y con el que hay que untarse las sienes, las orejas y las muñecas, partes a que preferentemente acuden esos animales; el tratamiento tiene, entre otros muchos, el inconveniente de la suciedad; pero no tuve más remedio que apegarme con él. En Ceilán no hice más excursión que la de Kandy, ciudad curiosísima, aunque de la parte antigua no queden más de cuatro o cinco monumentos de interés.

* *

Volví, como digo, a Colombo, y al día siguiente emprendí el viaje a la India. Para entrar en la India tuve que pasar por dos aduanas y luchar con el cambio constante de moneda, asunto que tanto allí como en China y en Ceilán ofrece enormes dificultades, porque la moneda varía en cada pueblo, sin exceptuar aquellos que están dominados por Inglaterra. Debo advertir que los ingleses han establecido aduanas en todas partes, y que su gran preocupación es la de que el que entre allí no lleve armas de fuego, por causa del temor que tienen de que las posean los indígenas. Nunca vi mayor escrupulosidad que la que ponen para evitarlo, pues si bien no es muy difícil pasar tabaco, encajes o alguna otra cosa cuya introducción esté prohibida, tratándose de armas de fuego, así sea un minúsculo revólver, preguntan, indagan, registran con molestísima insistencia. A mí no me valió llevar una carta de un ministro inglés para el Virrey de la India, y

varias para todos los principales personajes, porque, a pesar de ello, el oficial encargado de la aduana, aunque con toda clase de atenciones, me preguntó y volvió a preguntarme varias veces si llevaba armas, y, no contento con esto, registró muy detenidamente mis maletas.

* •

La explicación de tales precauciones me la dio después el secretario del Gobernador de Bombay, quien me dijo que teníamos idea equivocada acerca de la situación de los ingleses en aquel país, y que si pueden dominar la India por la fuerza, es porque los indígenas no poseen armas de fuego, pues en cuanto las tuviesen, no sería posible el dominio de la metrópoli, por no serlo tampoco trasladar fuerzas suficientes a un territorio tan enorme. «Además —me decía—, ¿cuántos ingleses calcula usted que estamos en la India? Pues no pasaremos much© de mil; en cambio, los indios son más de trescientos millones. Nosotros —añadió— podemos estar aquí porque hemos seguido el sistema de fomentar la interna división. Oreen ustedes que la India se divide en las cuatro famosas castas, pero la verdad es que su verdadero número pasa de ciento; en la calle se nota que como la mayor parte de los individuos que se cruzan son de castas diferentes, no sólo no se hablan, sino que hasta procuran que no se rocen sus vestidos. Esto, como le he dicho a usted, lo aprovechamos nosotros, claro que en el buen sentido de la palabra, porque estamos seguros de que el día que este pueblo se uniese, Inglaterra no podría permanecer en él ni una sola semana.»

•
* *

Tomé el tren en el Sur de la India y llegué a Madras, donde el tren se bifurca, siguiendo una línea a Calcuta y la otra a Bombay. Hice el viaje con un teniente español del Regimiento del Rey, que me contó cosas interesantes del país. Por

cierto, que nos ocurrió un lance muy cómico. Cerca ya de Madras, atravesábamos por un territorio poblado de monos blancos, a la hora en que el teniente y yo nos disponíamos a tomar una taza de té que nosotros mismos habíamos preparado, acompañada con un pastel que compramos en una de las estaciones. Sin saber cómo, y estando el tren en marcha, penetró un mono por la ventanilla de nuestro departamento, se apoderó del pastel y desapareció con una rapidez extraordinaria. El teniente me dijo que a él le había ocurrido lo mismo en otra ocasión.

En Madras me detuve tres días, llevando a mi servicio un criado que había tomado en Ceilán, pues es indispensable al viajero proveerse de un servidor indígena que hable el indostaní y el inglés, y que por dos o tres *rupias* diarias le acompañe a donde vaya.

Llegué, en fin, a Bombay; pero no he de pasar adelante sin decir que si algún día publico el relato de mi viaje, al capítulo que dedique a la India le titularé *El País de los Cuervos*, porque no he visto mayor número de ellos en ninguna parte. Abundan allí los cuervos como aquí los gorriones, pero son mucho más atrevidos, sacando de ventaja al gorrión la de ser el cuervo animal sagrado; son, además, de tamaño gigantesco, entran en las casas, penetran en los hoteles, donde por el horrible calor no hay más remedio que tener las ventanas abiertas, y hasta se introducen en los coches del ferrocarril, sin que les arredren los dos o tres ventiladores que generalmente en ellos están funcionando para arrastrar a los mosquitos y agitar un poco el aire, artefactos necesarios en aquellos trenes, así como la ducha que llevan y que constantemente tiene que usar el europeo, no acostumbrado como el indígena a tales rigores de temperatura. El cuervo está estorbando continuamente, y si bien a solas y en una habitación particular es posible alejarlo dándole un puntapié, en

un restaurante o en otro sitio público no se puede hacer lo mismo, por el carácter sagrado del animal. Yo llegué a Bombay a las seis de la mañana, fuíme a un hotel que había visto recomendado en la *Guía*, tomé mi habitación, y como durante el camino no había podido dormir en toda la noche, me eché sobre la cama envolviéndome en la gasa preparada al efecto, después de cerciorarme de que funcionaban los ventiladores. No había pasado ni un minuto, cuando advertí que en la habitación habían entrado seis cuervos que se entretenían en jugar con las zapatillas, con el sombrero, con la ropa y con cuanto hallaron a su alcance.

*
* *

El calor era inmenso, y ésta fué la causa de que no me fuese posible ver al Gobernador de Bombay, para quien llevaba una carta del Ministro inglés; pues, como todo el que puede hacerlo en tal estación, se había ido a las proximidades del Himalaya.

Lo insoportable de tal temperatura nos da la explicación de que haya sido indispensable adoptar la cremación de los cadáveres antes de que la descomposición favorezca el desarrollo de las epidemias. Recordaré a este propósito que presencié la cremación del cadáver de un indio, llevada a efecto del modo más primitivo y rudimentario que puede imaginarse. Dirigíame a ver una tumba que, por haber hecho la peregrinación santa el indu que en ella yacía, era una tumba sagrada y, entrando por un prado muy extenso, vi en su centro las ruinas de una pared, única que había quedado de la casa que debió de haber allí, por detrás de la cual salía humo; un viejecito, sentado en una piedra, fumaba su pipa a corta distancia; al acercarme vi unas trébedes colocadas sobre unos leños ardiendo, y como me pareciera distinguir entre el fuego una pierna humana y retorcida, pregunté al viejo qué es lo que era aquello. Me miró con sorpresa y me dijo: «Pues, un muerto que estoy quemando.» Le pregunté

qué se hacía con las cenizas, y me contestó muy convencido que nada, porque como él lo quemaba bien, ya desaparecían con las de la leña. Y no dudo de que quedaría bien quemado, porque se emplea en esta operación de veinticuatro a cuarenta y ocho horas. La familia del muerto lleva la leña, paga al viejo una cantidad y él se encarga... de que no quede nada.

* * .

Otra de las particularidades que llama la atención del extranjero es el número de gentes de diferentes razas y castas que hay allí. Distínguense, no sólo por sus rasgos especiales, sino también en que los que proceden de casta noble, sean mujeres o hombres, llevan en la frente un círculo rojo; otros llevan una cruz en forma de aspa, marcada con tiza; pero es de notar que la calidad de noble es independiente de la posición social, y por eso no deja de ser frecuente ver a un noble con un cántaro lleno de agua o tirando de un cochecito de alquiler: yo tuve el honor de ir en uno que era arrastrado por un brahamán.

En la montaña de Malabar (Malabar Hill) tienen un cementerio los parsis, que son gente acaudalada; en este cementerio dejaban los cadáveres, sin inhumarlos, para que los comiesen los buitres; y he dicho dejaban, porque el Gobierno ha prohibido tal costumbre; sin embargo, yo vi encima de las tapias trece o catorce buitres de enorme tamaño, lo cual me hizo presumir que por algo estarían en aquel sitio.

Ya he notado que la situación de los ingleses en la India depende de que se mantenga o no la división que hoy existe en el pueblo, y ahora he de añadir que se ha iniciado un movimiento hacia la unidad, dirigido por Gaudhi, indu de gran prestigio, que cuando estuve allí hallábase gravemente enfermo, y el cual pregonaba la unión de todas las castas. Este mo-

vimiento reviste actualmente grandísima gravedad; dispone de periódicos en las ciudades principales, escritos en sánscrito, y si logra cuajar, como me decía el secretario del Gobernador de Bombay, la dominación de Inglaterra habrá terminado.

• • *

Hice una excursión a las cuevas de Elefanta, situadas en una isla a cuatro horas de Bombay. En ellas existen representaciones de la mitología indú, entre otras las de Rhama y Visnou, estatuas colosales de 11 o 12 metros de altura, y construidas probablemente en el siglo ni de nuestra era. Las armas de algunos de los personajes representados son absolutamente romanas, como, por ejemplo, la espada de Rhama, cosa que no debe extrañar, ahora que se va viendo que la comunicación del mundo antiguo con el Oriente, en especial, la que mantuvo con Grecia y Roma, fué mayor de lo que se había supuesto. Lo peor que tuvo el viaje a dicha isla fué la estación en que lo hice, pues siendo costumbre no emprenderlo hasta el mes de noviembre, yo me aventuré a hacerlo en septiembre, lo cual es peligroso, no sólo por el horroroso calor, sino porque es preciso pasar entre dos islas cuya atmósfera está completamente llena de mosquitos, que hay que respirar y tragar, aunque yo me defendí de ellos como pude con un paraguas y con un pañuelo. No lo digo por dar la menor importancia a mi decisión, pero declaro que fué una verdadera temeridad, pues al volver de las cuevas, uno de los tres indús que conducían el bote que alquilé, cayó sin sentido en el fondo de la embarcación, y cuando llegamos a Bombay hubo necesidad de buscar gente que lo llevase a su casa.

Y aquí puede decirse que termina mi viaje.

En el barco inglés *Macedonia* hice la travesía hasta Marsella, sin otra detención que la de unas horas en Port-Said.

Desde el buque vi de lejos varios territorios, cuales fueron el monte Sinaí, las islas de Chipre y Candía, y las costas de Grecia, Italia y Sicilia, y contemplé el inolvidable espectáculo del *Stromboli* a las once de la noche. A la vista de él, me expliqué la causa de que se les ocurriese a los griegos y a muchos orientales la fábula de la fragua de Vulcano, porque, en efecto, el cráter de aquel volcán, que está en uno de los costados de la montaña, no arroja humo ni lava, sino fuego, que sale por intervalos, fenómeno que por la noche produce la ilusión de que en el fondo de la tierra hay una fragua gigantesca cuyo enorme fuelle determina con sus soplos intermitentes las lenguas encendidas que salen de aquel antro.

Al llegar a Marsella todo me pareció pequeño, y para reconocer la importancia que tienen estas cosas pequeñas de nuestro viejo continente, he necesitado que pasaran bastantes semanas. Cuando pienso que la India es más grande que todas las naciones juntas queí tomaron parte en la gran guerra, y en que la China es aún mayor que la India, comprendo la verdad que encierra aquella sentencia, tan vulgar como profunda, de *Don Hermógenes*, de que todo es relativo en este mundo, y juzgo que de los viajes como el que he hecho yo, se obtiene la enseñanza de que no se debe dar a las cosas la importancia que se les da por quienes no han salido de un pequeño círculo de personas.